

to podría reinar el monarca francés; si no con el mismo esplendor que antes, al menos en paz y sin correr peligro. [1]

Siendo, pues, este el juicio que habian formado de la cuestion las dos potencias, que por su posicion debian ser las primeras que se lanzasen á la demanda, era, comparativamente hablando, de muy poca importancia el sentir de las cortes mas distantes ó subalternas. Hacia el Norte ocupábanse Catarina y Gustavo en preparativos hostiles, negandose á admitir ante su presencia al embajador que se les despachara con el objeto de hacerles saber que habia merecido la constitucion la aprobacion del rey, fundando tal repulsa en que no podia reputarsele como un agente á quien enviase espontáneamente el monarca; y en las cortes de España y Cerdeña se recibió con suma frialdad el propio aviso. Dominados por la idea de que la vida del rey corria peligros graves, y de que si habia aceptado la constitucion era porque se le habia compelido á ello, estos potentados del Norte y del Sur entraron en un pacto en virtud del cual quedó convenido que se trasportaria por el Báltico á una fuerza de treinta y seis mil

Octubre 9 1791.

rusos y suecos hasta cierto punto de la costa de Normandia, donde

se la desembarcaria para que marchase directamente sobre Paris, cuya fuerza apoyarian la España y el Piamonte por medio de una demostracion hostil hacia los Pirineos y los Alpes; proyecto

(1) Hard., I, 157, 159.

que desde luego se percibia que no podia dar fruto alguno sin la cooperacion de las tropas del Austria y la Prusia sobre el Rin, y que el mal écsito de la expedicion á Varenas y los sucesos posteriores dejaron absolutamente frustrado. [1]

Entretanto el conde de Artois y los nobles emigrados, no dando oidos sino á su valor, y contando con el desidido apoyo que les prestaban y en el aliento que les infundian las cortes de Estocolmo y San Petersburgo, conducíanse con aquella temeridad é indiscrecion que durante la Revolucion les caracterizara. Formaban numerosas reuniones en Bruselas, Coblenz y Ettenheim; publicaron con ostentacion una carta de la emperatriz Catarina al mariscal de Broglie en que se decia, que tomaba S. M. el mayor interés en su causa, compraban caballos y armamento, y algunos cuerpos de aventureros nobles, que se habian organizado, comenzaron á desplegarse á la margen derecha del Rin. Transportados de entusiasmo en vista de tan favorables indicios, los espatriados príncipes dirijieron al rey una representacion pública en la cual [2]

Septiembre 10,  
1791.

le ecsitaban con energía á que rehusase aceptar la constitucion que estaba para presentarsele; le manifiestaba que todas sus anteriores concesiones no habian servido sino para que se cometiese con impunidad toda especie de tropelias y para que se entronizase la tirania de los individuos

(1) Hard, I, 159, 163.

(2) Hard, I, 159, 163.

mas desconceptuados del reino; protestaban que si resultaba aprobado por él la constitucion considerarian tal acto como forzado é inválido, y de nuevo esponian que estaban en la firme intencion, tanto ellos como las potencias aliadas, de libertar á Luis de sus cadenas. [1]

El único motivo de desavenencia que quedaba entre el Emperador y la Francia era la indemnizacion que se debia satisfacer á los príncipes alemanes y prelados que habian sido despojados de sus propiedades en virtud de los decretos espedidos por la asamblea nacional; y sobre este punto mostró Leopoldo una firmeza digna del gefe del imperio. A principios de Diciembre dirijió á los vejados una comunicacion solemne en la cual les hacia saber la resolucion en que estaban él y la dieta "de prestarles todos los auxilios que escigia la dignidad del trono imperial y la constitucion del imperio, si no se les hacia una completa restitucion ó se les indemnizaba con arreglo al tenor de los tratados existentes" sin embargo de esto, los gabinetes de Viena y Berlin tenian todavía tanta confianza en que se terminarian amistosamente las desavenencias con la Francia, y en que Luis, ya que habia recobrado su libertad, haria pronta justicia á los vejados, que no solo no hicieron preparativo hostil de ningun género, sino que aun retiraron de las provincias flamencas á una considerable porcion de sus tropas. (2)

(1) Hard, I, 152, 153, 165.

(2) Hard, I, 160, 171.

A la verdad, aunque los soberanos aliados conocian la necesidad en que estaban de dar algunos pasos para libertarse del comun peligro que amenazaba destruir á todas las instituciones establecidas, tenian un insuperable terror á los medios mágicos é invisibles de que los franceses se servirian para traspasarles el corazon por manos de sus propias tropas. El language de que se servia la asamblea nacional y sus formidables oradores al clamar guerra á los palacios y paz con las cabañas, la mano paternal que ofrecian tender á los desafectos de todos los países que quisiesen sacudir el yugo de la opresion; y las simientes de sedicion que habian difundido sus emisarios por los países inmediatos, tenian inquietos en todas partes á los amigos del orden, é inspiraban á los gobiernos el temor de que aproximando sus fuerzas á los países infestados se contagiasen y volviesen sus armas contra el mismo que las mandaba. La Inglaterra, no obstante las representaciones enérgicas de M. Burke, descansaba aun en una seguridad imaginaria; y Catarina de Rusia, consagrada esclusivamente á su engrandecimiento territorial, estaba solo pendiente de las disenciones de la Polonia, intentando aprovecharse de la facilidad que la prestaban de llevar á cabo sus ambiciosas miras. La Prusia, sin embargo de los deseos que tenia de abrazar la causa de la monarquía, no era competente para luchar con la Francia insurreccionada, y el Austria, bajo la direccion del pacífico Leo-

Desisten los aliados.

poldo, habia desistido completamente de sus proyectos de hostilidad desde que Luis hubo recobrado en apariencia el trono y salido del cautiverio en que se le tuviera á consecuencia de su fuga á Varenas. Por tanto, ni la protesta ni el manifiesto que se habian acordado en Mantua llegaron á promulgarse, ni tampoco se pusieron en práctica los preparativos militares que se habian estipulado en aquel convenio. De todas las potencias que se mencionaban en el pacto, solo el obispo de Espira, el Elector de Tréveris y el obispo de Estrasburgo tomaron las armas; y eran tan débiles sus contingentes, que cuando se les puso al frente del peligro se disolvieron á las primeras intimaciones del gobierno de Francia. [1]

Pero no estaba en la política del partido que dominaba en Paris conservarse en paz. Conocia, como él mismo lo manifestaba, "que su revolucion no podia estar quieta; era necesario que avanzara y se extendiese por otros países, so pena de extinguirse en la nacion donde naciera." En efecto, está tan intimamente relacionado el espíritu revolucionario con el espíritu marcial, que rara vez existe el uno sin el otro. La misma constante autoridad, el mismo desprecio del peligro, el mismo deseo de agitacion, que en este, hay en aquel; la vehemencia que escita

(1) Lac. I, 24, 25, 26. Th. II, 76, 77, 78. Dum. 410. Bot. I, 73, 75. Ann. Reg. XXXIV, 86, 87. Hard. I, 172, 180.

una sedicion llevada á cabo con buen éxito no es fácil que ceda si no se desahoga en el campo de batalla. Los ciudadanos que han echado por tierra las instituciones establecidas, que han probado del delicioso nectar del aura popular, y han conocido los encantos de un poder sin límites en el periodo que trascurre hasta el momento en que caen bajo el yugo de los déspotas que ellos mismos se forjan, no pueden ya volver á las pacíficas costumbres de la vida privada. Un trabajo incesante, una existencia obscura, los sencillos gozos que procura la laboriosa industria, vuelvense intolerables para los que han participado de las glorias que presenta toda oposicion popular; por el contrario, las costumbres de sarregladas, y el lustre fascinador de las armas, que las sigue, es lo único á que se consagran, como solo digno de su fama. La inseguridad de las propiedades y la pérdida de confianza, que necesariamente emanan de toda convulsion política por insignificante que fuere, dejan sin ocupacion á una multitud de individuos, y hacen mas y mas necesario que se acometa alguna empresa en que ejercite su vigor el pueblo. De aquí procede que, como se ha observado con frecuencia en todas épocas, los estados en que rige la democracia sean los mas belicosos é inclinados á agredir á sus vecinos; [1] y la razon de esto debe ser la misma en todos los periodos en que la efervescencia revolucionaria ponga en movi-

(1) Historia de la Grecia por Mitford. Rep. de Ital. de Sismondi.

miento á las pasiones y de origen á la necesidad que impele á la guerra.

El partido de los girondinos que era, en el período á que nos referimos, el que preponderaba en Francia, deseaba decididamente la guerra. Ya hemos insertado el célebre discurso que, el 29 de Noviembre de 1791, pronunció Isnard en la asamblea [1]. Poco despues pronunciáronse repetidas filípicas en aquel cuerpo, mas vehementes todavía que la citada, por Brissot y Vergniaud, contra las potencias europeas; filípicas que, segun los mismos franceses lo confiesan, "eran otras tantas declaraciones de guerra, otras tantas provocaciones temerarias muy propias para poner á la Francia en pugna con la Europa entera." "La instruccion de Brissot y los profundos talentos en política que demostraba, eran tan opuestos á los sofismas en que sus discursos abundan, dice Jomini, que darian origen á que se supusiera que servia de agente secreto al gobierno inglés si no se supusiese que los errores en que incurria eran comunes en aquel período á los hombres mas ilustrados de Francia. Un orador entusiasta hasta la demencia era solo capaz de atraer á su pais, en momentos en que se hallaba lacerado por los suyos y sostenido por los estraños, el odio de todos los monarcas europeos. No hay palabras con que espresar la vehemencia con que se produjeron durante aquel período los caudillos de la asamblea, y debemos legar sus discursos á la posteridad para que sirvan de

Declaraciones de los girondinos en favor de la guerra.

terráfico ejemplo de las consecuencias á que conducen un entusiasmo desordenado y el espíritu de partido [1]."

"Estais en los momentos, decia, Brissot el 29 de Diciembre de 1791, de juzgar á los reyes; ostentaos dignos de funcion tan augusta; elevaos á mas alta esfera de la que ocupan ellos, ó sereis indignos de ser libres. La Revolucion francesa, ha destruido á todos los sistemas antiguos; aunque todavía no es en todas partes libre el pueblo, no podrán los gobiernos sofocar por mas tiempo su voz. La opinion que forman los ingleses de nuestra Revolucion, no es dudosa, considéranla como la mejor garantía que se les pueda dar de su independéncia. No es en manera alguna probable que el gobierno inglés, aun cuando pudiera, se aventurase á atacar á la Revolucion francesa; y trasfórmase esa improbabilidad en certidumbre, cuando se toman en consideracion la desunion que hay en su Parlamento, lo enorme de su deuda pública, y el estado decadente que guardan sus asuntos de la India. La Inglaterra no vacilaria ni por un momento en decidirse cuando tratase de elegir entre su rey y su libertad, entre la paz que le es tan necesaria y una lucha que ocasionaria probablemente su ruina. Tampoco debe inspirar temor el Austria; sus soldados, á quienes inútilmente intentan sus príncipes alejar del pueblo, se acuerdan de que al pueblo pertenecen sus amigos y sus

Diciembre 29, 1791.

(1) Jom., I, 198. Pieces Just., I, 7, 8, 9.

parientes, y no habran de separar su causa de la de la libertad. El sucesor de Federico, si quiere manejarse con cordura, vacilará en destruir para siempre, haciendo frente á nuestras fuèrzas, un ejército que, una vez esterminado, jamás volverá á reponerse. La ambiciosa Rusia quèrrá en vano tomar á cargo contrastar nuestra revolucion; estallaria en Polonia otra insurrección que paralizaria sus armas y haria de Varsovia el centro de la libertad en la parte oriental de Europa. Recorred el mapa del mundo y no encontrareis una potencia á la cual pueda temer la Francia. Si existiese alguna nacion que quisiese guerra, la debemos tomar la delantera, porque el que da primero da dos veces. Si sus preparativos hostiles no son mas que una vana fórmula, debemos descubrir el velo y manifestar de este modo al mundo su impotencia. Ese acto de un gran pueblo es el que acabará de poner el sello á nuestra Revolucion. Hoy la guerra se ha hecho necesaria; la Francia se ve en la precision de emprenderla para sostener su dignidad; quedaria por siempre degradada si unos cuantos miles de rebeldes ó de emigrados llegasen á sobreponerse á los órganos de esta ley. Hoy debe considerarse la guerra como un bien para la nacion. El único mal que teneis que temer es el que no se lleve á efecto y que perdais la oportunidad de refrenar la insolencia de los emigrados. En tanto que no deis ese paso decisivo, no cesarán de estaros engañando por medio de una falsa diplomacia. En lo de adelante, ya

no debemos entendernos con los gobiernos, sino con sus súbditos [1].”

“Al fin se ha descornado el velo, decia el mismo orador el 17 de Enero de 1792. “Se ha declarado vuestro verdadero enemigo. El general Bender os ha dicho quién es; es el emperador. Los electores no eran vuestros contrarios sino en el nombre; solo se mostraban para ocultar el verdadero motor: ahora podeis ya despreciar á los emigrados; el miedo les ha postrado á vuestros pies. Debeis anteponeros á las hostilidades de vuestro adversario; ahora es tiempo de que os mostreis fieles á la declaracion que cien veces habes repetido, la de que estais resueltos á ser libres ó morir. ¡Morir! no hay motivos para que lo temais: comparad vuestra posicion con la que el emperador guarda; vuestra constitucion es un anatema eterno contra las monarquías absolutas; todos los reyes deben detestarla; incesantemente les acusa, á cada paso pronuncia contra ellos el fallo; parece decir á cada cual: Mañana ya no existirás, ó si existes será por voluntad del pueblo! No diré yo al emperador como está vuestra comision porque se le diga: ¿Quereis no empeñaros en atacar á la Francia ó á su independencia? sino que le diria: Habeis formado una liga contra la Francia, y de consiguiente os ataco: y ese ataque inmediato es justo, necesario; exígenlo á la vez las urgentes circunstancias en que nos hallamos y vuestros propios juramentos [2].”

(1) Jom. I, Pieces Just. núm. 7, 299.

(2) Jom. I, 319. Pieces Just. núm. 7.

“Los franceses,” decía Fauchel el 17 de Enero de 1792, “después de haber conquistado su libertad son los aliados naturales de todo pueblo libre. Cuantos tratados celebráremos con los déspotas serian nulos ante la ley y de hecho no podrian sostenerse sin poner á nuestra revolucion en peligro de ser destruida. Ya no necesitamos de embajadores ni de cónsules, porque unicamente son espías de oficio. Háganse libres las naciones que soliciten nuestra alianza; en tanto que no lo sean las trataremos como reunion de salvages mansos. No hagamos guerra de agresion, pero hagámosla, sí, á los príncipes que á nuestra frontera conspiran; hagámosla á Lepoldo que procura destruir cautelosamente nuestras libertades, sean nuestros negociadores los cañones, y nuestros embajadores las bayonetas y nuestros millones de libres.” [1]

Brissot estaba decidido á que se hiciese á todo trance la guerra al Austria: tenia fija dia y noche la idea de que existia un gabinete austriaco que dominaba en secreto á la corte y entorpecian constantemente los designios de los revolucionarios. Todo dependia de él y de los girondinos, pues las potencias europeas estaban totalmente desprevenidas para la lucha y demasiado preocupadas con sus particulares empresas para desear entrar en pugna con una potencia insurreccionada que se hallaba entregada á los primeros impulsos de su entusiasmo. Si los

(1) Jom. I. 323, 324.

girondinos hubiesen podido reconciliarse con el trono, habrian desarmado á la Europa, puesto en ridículo á los emigrados y conservado la paz; pero Brissot y Dumourier estaban resueltos á interrumpirla á todo trance. El primero llegó hasta el extremo de proponer que se disfrazase á algunos soldados franceses de húsares austriacos, y que estos durante la noche, diesen una envestida á las aldeas fronterizas de la Francia; al recibir esta noticia, presentárase una mocion en la asamblea y quedaria desde luego decretada la guerra en medio del entusiasmo del momento.

El deseo que tenia de ver rotas las hostilidades era indecible. De Graves, Claviere y Roland vacilaban al considerar la inmensa responsabilidad que tal empresa les atraeria; pero Brissot y Dumourier sostenian de consuno que solo la guerra podria consolidar la libertad de la Francia, poner en descubierto á los enemigos de la constitucion y descorrer el velo tras el cual ocultaba la corte su perfidia. Todas sus horas de ocio las dedicaban á estudiar diversos mapas de los Países Bajos y á meditar proyectos de engrandecimiento territorial que es el objeto favorito de la ambicion francesa. [1]

Supuesto que era tal el lenguaje de los principales miembros del gobierno frances y de la asamblea nacional, parece inútil enumerar por entero las negociaciones y mutuas quejas que

(1) Dum. 410, 411.

mediaron antes que rompiese las hostilidades el gobierno de Francia. Quejábanse con manifiesta justicia los franceses de que en Coblantz y otros puntos de la frontera se organizaban en cuerpos militares los emigrados; de que el Elector de Treveris y las demas potencias subalternas habian eludido cuantas peticiones se habian hecho sobre que se les dispersase; de que las tropas del Austria iban desfilando con rapidez hácia el Brisgan y el Rin, y de que no se habia dado esplicacion alguna satisfactoria acerca de estos movimientos. [1]

Quejábanse los partidarios del imperio, con no menos razon de que las sociedades revolucionarias de Francia procuraban inducir á la sedicion á todos los estados circunvecinos; que el Piamonte, la Suecia y la Bélgica estaban en movimiento á consecuencia de sus esfuerzos; que los oradores y periodistas de Paris publicaban diariamente invitaciones á todos los demas pueblos para que se insurreccionasen, ofreciendoles un fraternal auxilio si así lo hacian; que Aviñon y el Venesino habian sido, sin derecho legal alguno, incorporados á la Francia, y que los católicos y nobles de la Alsacia habian sido despojados de sus bienes, títulos é inmunidades, violandose con esto el tratado de Westfalia. En el ultimatum del Austria se pedia que se restableciese la monarquía

Mutuas quejas que dieron origen á la guerra.

Abril 20 1792.

(1) Mig. I, 167. Jom. I, 202.

bajo el pie en que la ponía la real orden de 23 de Junio de 1789; que los bienes que se habian arrebatao á la Iglesia, en la Alsacia, fuesen devueltos; que se reintegrase á los príncipes alemanes en los feudos y derechos dominicales que tenian en aquella provincia, y que Aviñon y el Venesino volviesen á poder del papa. Desecháronse estas proposiciones; y Dumourier, que habia logrado que en aquel periodo se le encargase de la cartera de relaciones exteriores, y que esperaba poderse posesionar de Flandes antes de que le auxiliase con fuerzas respetables el Austria, indujo al rey de Francia á romper las hostilidades. [1] El 20 de Abril de 1792, tuvo Luis que cumplir con el triste deber de declarar la guerra á su propio cuñado el rey de Hungría y Bohemia.

Las verdaderas intenciones de los aliados en aquellas circunstancias, y el espíritu de moderacion que les animaba con relacion á la guerra estan patentemente demostrados en una nota que pasaron los gabinetes de Berlin y Viena al gobierno de Dinamarca, en la cual, apartandose de toda idea de intervenir en los asuntos domésticos de la Francia, manifestaban limitarse, aun despues de haber roto aquella nacion las hostilidades, á formar un dique contra el cual se estrellasen los principios revolucionarios, de la República francesa, y á obtener las indemnizaciones que se debian á los

Mayo 12, 1792.

(1) Jom. I, 205. Pieces Just. núm. 13. Mig. I. 167.